

SOPA DE LETRAS

(CONTINUACIÓN)

por el

Doctor RAMON DIAZ MORA
Perales del Puerto (Cáceres).

V

AUN HAY CLASES

Seis de la mañana. Aviso urgente. Hay que tirarse de la cama y acudir a la llamada intempestiva.

La enferma—pues de enferma se trata—se siente morir desde anoche. No ha llamado antes (¡pol no molestal).

Pues, señor, resulta que, apenas se acostó, comenzó a sentir «ansias secas», pero no ha «degoivido» nada. Mas como se acordó de que el vecino de enfrente tuvo un ataque al corazón y se murió en seguida, no fuese ahora a sucederle a ella lo mismo. Por eso se ha decidido a llamarme.

—¿Qué cenaste anoche?

—Un moji de pimientos y tomates.

No le pregunto si se atracó de lo lindo, porque ya sé que esta pregunta no se le debe hacer a ningún enfermo. Siempre, cualquiera que sea su clase y condición, la tomaría a ofensa, y respondería con éstos o parecidos términos:

—Ay, señor; si yo soy de muy poca comida. Estómagos chicos habrá, pero como el mío, ninguno. Si como menos que un pájaro...

Formulo una purga de aceite de ricino y me despido. Advierto que otra vez no se intranquilen sin motivo ni molesten sin fundamento.

—Pos vaya—me responde la enferma—, me parece que no habrá gastado usted unas medias suelas para venir... Y, después de todo, más vale que haiga su prinsión.

* * *

A mediodía se repite la llamada.

—Que vaya usted corriendo, que a mí «mama» le han volvido las nauseas y echa sangre por la boca.

Y otra vez ante la enferma.

—Enséñeme lo que ha arrojado.

La chica me presenta una palangana mediada de una cosa que parece café con leche.

—Es que para que la purga le asentara nos hizo que le diésemos un tazón... Y, como salía oscuro, creímos que era sangre.

Hago corazón de tripas, y me despido.

* * *

A las diez de la noche.

La hija de la de las «ansias» viene a pedirme una receta, porque su «mama» se siente con mucha «debilidad».

Aprovecho la coyuntura para hacerla reflexionar sobre la necesidad de tener un poco más de ánimo, no alarmar sin causa, sobre todo tan repetidamente, porque corren el peligro de que el médico alguna vez deje de creerlas, y esto ocurra, precisamente, en el día que una urgencia real se imponga, al no acudir con la presteza necesaria.

La niña, muy redicha y remilgada—se me olvidaba decir que tiene una casquería—me responde:

—Pues no creo que tenga nada de particular que se le haiga molestado porque haya tenido que ver a mi «mama» dos veces. Que el camino a andar no era muy largo. Yo también me molesto en traerle todos los días la cordilla para los sus gatos. Y me parece que entre los sus gatos y una madre hay cierta diferencia...

* * *

¿Qué se opondrá, compañeros, a éste, que es argumento cornuto?

VI

LOS RAYOS X DE DON PACO LEDESMA

No sé si fué en Cachorrilla o en Pescueza. He retenido mal el nombre del lugarejo en que ejerció y le ocurrió el caso. Pero si no fué en ninguno de los que cito, aseguro que no se hallaba a muchas leguas de distancia, y citar los anteriores no es sino consecuencia de lo eufónico de sus nombres.

En aquella época, aunque ya existieran, no se conocían en el pueblo en que don Paco ejercía ni la luz eléctrica, ni la «radio», ni el automóvil. Pero se tenía una noticia fantasmagórica de lo que estos adelantos significaban por lo que los más «estruídos» del lugar leían en los tres o cuatro «papeles» que a diario se re-

cibían de Madrid. Y uno de estos prohombres locales hasta había hablado y explicado a sus convecinos un nuevo adelanto, que se llamaba los rayos X.

—Los rayos diez, animales—explicaba—. Que no se trata de una letra, sino de un número, como esos que estáis hartos de ver en la lápida de la iglesia, de cuando el tiempo de los moros. ¿No habéis visto que allí dice: «Año de eme, equis, ce» y no se cuántas letras más? Pues no son letras, que son números de los moros.

Por estos tiempos se le ocurrió a don Paco comprar una pila eléctrica de bolsillo. Las vió en los escapar-

tes de Cáceres; eran de las primeras que hicieron su aparición, y la novedad le hizo exagerar las numerosas aplicaciones prácticas del aparatito. Ya no más salir de noche sin farol por aquellas tenebrosas callejuelas; hasta le serviría para la exploración de cavidades en la clínica diaria.

Y, en efecto. Surgió la ocasión con motivo de las frecuentes «enginias» que padecía el hijo del sacristán. Observó don Paco al chicuelo, pidió una cuchara y le mandó abrir la boca. Con la otra mano oprimió el resorte de la lamparita, que ya iba intrigando a la familia del enfermito, y ¡zas!, brotó potente el chorro de luz. Detúvose un momento en la contemplación de las formaciones anatómicas de la orofaringe, y, finalmente, apagó el aparatejo, lo guardó y extendió la consabida receta.

Pero la familia se dió a pensar, y, con muy buen acuerdo, renunció a ir a la botica. «Aquello», se dijeron, debía de ser algo de lo de los rayos «diez» que trujeron los papeles». Y puesto que don Paco se los había «echao» al mocete, todo lo demás holgaba, por innecesario y dispendioso. La dolencia, que de por sí era leve, cedió por modo natural; ahora que, como la remisión de síntomas inicióse a las pocas horas y los ánimos estaban ya predisuestos para creer en lo extraordinario, cualquiera les quitaba de la cabeza que don Paco aplicaba los rayos y con ellos curaba como por ensalmo.

Bien ajeno a todo se encontraba el bueno de don Paco. Cierta es que a los pocos días, cuando un cliente pidió que le «echara» los rayos, le extrañó la ocurrencia; mas tanto se repitió el caso, que hubo de

caer en la cuenta de lo acaecido, cuya sospecha le confirmó su propia patrona al darle cuenta de las voces que corrían por el pueblo.

En resumen. Que aquella misma tarde, en el desfartalado casinucho, donde se reunían los notables del lugar a emitir sus eructos postmeridianos y a tomar lo que con evidente impropiedad de nombre se complacían en llamar café, nuestro héroe tuvo que sacar la lamparita y dar una conferencia de alta ciencia sobre el modo de funcionar de aquel chismecito.

—La electricidad, que es una cosa invisible e impalpable, está metida aquí dentro y entra en la bombilla, que aquí ven ustedes, por dos sitios o polos, para lo cual no hay más que apretar el botón.

Tras la cual explicación, pasó de mano en mano, y todos los presentes la probaron.

Muchos años después me lo refería el propio don Paco.

—A pesar de mis explicaciones, seguí recibiendo gente durante dos o tres meses, aun de pueblos alejados del mío. Algunos se convencían; otros, no, y éstos se enfadaban, suponiendo que yo reservaba el milagroso procedimiento para los enfermos de mi pueblo. Me consideraban como un precursor de la Ley de Términos municipales. Si hubiese estado desprovisto de vergüenza, habría ganado mucho dinero. Tuve que deshacerme de la lamparita, que le regalé al hijo del alguacil, que desde que se vió en posesión de aquel cacharro sintió nacer dentro de sí una irresistible fuerza, que le lanzó a practicar las artes de la curandería, profesión con la que gana mucho más de lo que, médico, nunca me atrevía ni a soñar.

VII

LAS RANAS DE DON FROILÁN

Ejerció durante muchos años en un pueblecito de la Sierra. Cuentan los que le conocieron que, sobre su probidad profesional, era hombre de ingenio agudo, que se daba cuenta de la ineficacia de las razones para educar a la gente, y, por tanto, aprovechaba cuantas ocasiones se le deparaban para dar lecciones de un sabor eminentemente práctico.

Transcribo una de ellas, tal y como llega a mis oídos. La tradición la conserva como muestra de su agilidad mental.

* * *

Diciembre. Las doce de la noche. En la cama, reposando su venerable y trabajada humanidad, don Froilán, al abrigo del par de «berrandos» de Valverde y con la botella de agua caliente a los pies. Y en las delicias del primer sueño.

«En las ventanas repiquetea una llovizna tenaz; el «hostigo» de la tierra. Y silban los remolinos resoplantes y fríos, que vienen de Jálama, como cristales astillados.

Unos pasos precipitados y una serie de aldabonazos. Y al entreabrírse la ventana:

—Venga usted desegüa, don Froilán, que se me muere la dagalina.

Por hábito reiterado, a los pocos minutos ya trota don Froilán por las callejuelas barrizosas y sin luz, aguantando la mala noche y tiritando hasta el tuétano, mientras el mozállon que lo llamara le explica:

—Que se me muere, señor médico, que se me muere. S'ha negao a mamal, y allá ha quedao dando las boqueas.

A don Froilán le escarabajea la desconfianza de un aviso necio. Pero se calla, y al llegar a la casuca observa a la presunta «difuntable».

Un angelote gordezuelo, rubio y sonrosado, que duirme el más tranquilo de los sueños.

El médico se traga la tostada y comienza a explorar. Mientras tanto, medita la lección que debe aplicarles a aquellos asnos, que se deshacen en copioso llanto. Y dice:

—La niña está gravísima, y es necesario administrarle un remedio excepcional como única solución que la pueda salvar. Antes de que amanezca tenéis que tenerme preparadas un par de docenas de ranas para que yo le haga la medicina.

Y, dicho esto, se despidió.

* * *

Ya no ejercía don Froilán cuando le relataba el caso al médico novel que ocupaba su puesto, y se le quejaba de las veces que le llamaban de noche, sin motivo justificado.

Preguntábale éste, lleno de inocencia:

—¿Qué remedio iba usted a preparar con las ranas?

—Pero, hombre de Dios, ¿qué medicina iba a preparar? ¿Usted ha visto alguna vez por esta tierra ranas en diciembre? Pues lo mismo les pasó a aquellos brutos, que se me presentaron por la mañana, desconsolados, derramando un mar de lágrimas, a decirme que no las habían podido encontrar. Se había movilizao toda la familia, uno con un farol, otro con una cesta, aquél con un paraguas... Y, claro, yo ya no me pude contener, y se lo espeté indignado: «Animales, ni hay ranas en diciembre ni se os muere la «dagalina». Pero ¿qué tal sabe una mojadura de noche y en invierno, cuando no hay por qué aguantarla?»

VIII

"OMNIS SCIENTIARUM PRINCEPS SALMANTICA DOCET"

—Pase otro enfermo.

Y penetran en la consulta dos mujeres, de mediana edad y aspecto acomodado. Son de Mirambel, de donde reza el refrán:

«De Mirambel,
ni vaca, ni burra, ni mujel,
ni cochinitu, si puedi sel;
y si muchu me apuras,
ni sacristán, ni cura,
ni que le jechín a unu en la sepultura.»

La que está enferma se explica de esta manera:

—Pues mire usted. Lo primero que siento es una cansera, una cansera que, en cuantis me empieza, me subí una cosa para arriba que me arrasca el gañón de la garganta, hasta que llega al cerebro de la cabeza. Endispues me se pasea por los estantinos de la barriga; pero ondi más me agobia es en el pecho. Con toda seguridad debo de tener algún daño mu gordo, y a lo que yo me figuro, no cabe duda de que to mi mal es del organismo respiratorio.

Resuelvo, como puedo, caso de tan variada, clara y

motorizada sintomatología. Pero antes de marcharse, la que acompaña a la enferma toma la palabra, y dice:

—Yo le tengu que icil que ésta (por la enferma) se casó con un viudo, padre de tres dagalas mozas, que vivian con la abuela. Con el su hombre ha tuvido otros tres hijos varones, y al casarse el hombre le hizo a ésta un documento para que las hijas del primer matrimonio de él no le pudieran reclamar nada a ésta si se le moría el marido. Ahora resulta que el marido se le murió, ya va para tres meses, y las hijas quieren reclamarle la metá de la casa en que está viviendo. Y es lo que yo le digo: De paso que te ve el señor médico, como es un señor de estudios, seguramente entiendo también de leyes, y él nos dira lo que debes hacer.

Las despedí como supe. Y desde entonces temo el momento en que se me presente algún otro cliente que, en consideración a que soy hombre de estudios, me pida que le haga el catastro parcelario de sus fincas, le dibuje un plano para construir una casa o, ¿quién sabe?, me encomiende que le diga las misas gregorianas por alguno de sus difuntos.

DECRISINA «fuerte»

Goodman W. S.

de Vitamina D₂

Gracias a la administración profiláctica del choque vitamínico D, el fantasma del raquitismo ha desaparecido hoy, allí donde la organización de la puericultura permite el control de todos los niños.

C.S. 1288

INSTITUTO FARMACOLÓGICO LATINO S. A. - MADRID